

ANOTHER COUNTRY.

LAS IMÁGENES SOBRE ESPAÑA EN GRAN BRETAÑA DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Enrique Moradiellos

Resulta casi un lugar común afirmar que la Guerra Civil Española de 1936-1939 tuvo un enorme impacto en la opinión pública británica y, sobre todo, en la vida política del Reino Unido en el tramo final de la década de los treinta que precedió al estallido de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, es una idea que fue incluso transmitida durante el conflicto civil al propio general Franco por el duque de Alba, entonces su agente oficioso en Londres: «nuestra guerra ha pasado a ser el tópico que más apasiona y divide a los políticos y a la opinión pública en la Gran Bretaña». ¹ Un cuarto de siglo más tarde, K. W. Watkins, autor del primer estudio académico sobre el tema, reafirmaba el acierto de ese juicio diplomático con estas palabras certeras: «probablemente ningún 'acontecimiento exterior' ha dividido de un modo tan agudo al pueblo británico desde la Revolución Francesa». ² Y mucho más recientemente, el último de los análisis historiográficos de conjunto sobre la sociedad británica y su relación con la guerra española abría sus páginas de este modo:

Los británicos no siempre se han visto tan conmovidos por las guerras de otros pueblos como se conmovieron con la Guerra Civil española. De hecho, de todos los conflictos extranjeros del siglo XX en los que el Reino Unido no estuvo directamente involucrado, la contienda de España

fue, con mucho, la que mayor impacto tuvo en la vida política, social y cultural del país. ³

Efectivamente, como acaba de volver a subrayar al respecto el exhaustivo estudio de Hugo García, no cabe duda de que Gran Bretaña fue «el lugar donde se vivió de forma más intensa» la batalla propagandística exterior que reduplicaba en forma de palabras la propia guerra librada entre republicanos y franquistas sobre el suelo de España. ⁴

Si bien la unanimidad sobre esta cuestión es prácticamente absoluta en el ámbito de los historiadores y analistas del fenómeno, no sucede lo mismo a la hora de señalar las razones y motivos que provocaron ese extraño fenómeno de apasionamiento británico por una guerra, al fin y al cabo, distante y ajena. Por nuestra parte, como ya hemos tratado de demostrar en otras ocasiones, nos inclinamos a señalar que ese efecto del conflicto civil español en la vida política y social del Reino Unido se debió a dos razones diferentes pero íntimamente vinculadas. Por un lado, fue el resultado de la presencia de una analogía esencial entre la crisis española, que daría origen a la guerra, y la crisis general europea (y británica) que se prolongó durante el llamado «período de entreguerras (1919-1939)». Por otro lado, fue el producto de la existencia de

EXPEDIENTE

un estrecho paralelismo cronológico, de una verdadera sincronía temporal, entre el curso y desarrollo de la Guerra Civil en España y el curso y desarrollo de la crisis continental que precedió al comienzo de la segunda «Guerra Total» registrada en Europa en el siglo XX.⁵ Debido al primer factor mencionado, la lucha española entre las fuerzas reformistas/revolucionarias que combatían por la República contra las fuerzas reaccionarias de un Ejército insurgente, pareció reduplicar en una escala menor la creciente tensión triangular que fracturaba al conjunto de Europa: el bloque democrático occidental (la entente franco-británica) frente al Eje revisionista (Italia y Alemania), con o sin el apoyo de la Unión Soviética. Debido al segundo factor, la temporización de la contienda española resultó de especial importancia y transcendencia: se originó y se desarrolló justo en paralelo y en estrecho contacto con el tramo final de descenso del continente hacia el virtual Armagedón que iba a comenzar en septiembre de 1939.⁶

En función de las razones señaladas, para una gran parte de los testigos contemporáneos (al igual que para muchos de los analistas actuales), la guerra de España resultó ser no sólo una pequeña guerra civil librada en el marginal y periférico territorio peninsular ibérico sino, también y sobre todo, una especie de ensayo general premonitorio de la cercana contienda europea entonces amenazadoramente en ciernes. Y en virtud de esa percepción y lectura de la naturaleza y sentido de la lucha española cabe entender los dos fenómenos básicos concurrentes que cristalizaron casi desde el mismo inicio de las hostilidades en el verano de 1936:

1. El surgimiento de un enorme y hasta apasionado interés en la opinión pública europea por la contienda, cualquiera que fuera la simpatía hacia uno u otro de los bandos españoles contendientes. Un interés que no impedía, por eso mismo, la existencia de una

nada sutil diferencia de interpretación entre dos facciones antagónicas: para quienes se manifestaban a favor de la causa republicana, se trataba de una batalla crucial entre la Democracia y el Fascismo; en tanto que para aquellos más inclinados a apoyar el esfuerzo bélico del bando del general Franco, era una lucha frontal entre la Civilización Occidental y el Comunismo.

2. La apertura de un súbito proceso de internacionalización del conflicto español en virtud de la casi inmediata intervención (o no-intervención) en la lucha de potencias extranjeras a favor de uno u otro de los contendientes españoles. Esto es: la Italia fascista y la Alemania nazi (con el Portugal salazarista como tercero menor) se volcaron en auxilio del Ejército insurgente liderado por el general Franco desde las primeras semanas, mientras la Unión Soviética (con México como segundo valedor) acudió en ayuda del gobierno de la República tres meses después, y, a la par, Francia y Gran Bretaña se retiraban a una posición de virtual neutralidad y fueron secundadas por el resto de los países europeos en función del Acuerdo de No Intervención sellado en agosto de 1936. De este modo, España se convirtió en apenas unas semanas y durante los casi tres años de duración de su guerra en «el reñidero de Europa», como afirmó lúcida y reservadamente un diplomático británico acreditado en el país por aquellas fechas.⁷

A principios de septiembre de 1936, un artículo editorial publicado por el influyente diario conservador londinense *The Times* sintetizaba con bastante precisión el carácter simbólico y analógico del conflicto español: «(La guerra de España) puede considerarse como un espejo deformante en el que Europa contempla una imagen distorsionada de sus propias divisiones».⁸ Significativamente, este uso de la metáfora de España como espejo de Europa

lejos de ser original era plenamente frecuente y reiterativo durante aquellos años en Gran Bretaña y en el continente en general. Como tal fórmula pretendía subrayar que el escenario español, la arena de combate peninsular, era un espejo más o menos distante y borroso que devolvía una imagen reconocible en todo caso de los propios observadores continentales, de aquellos mismos grupos sociales, ideologías políticas y potencias estatales que estaban tratando de imponer su hegemonía sobre una Europa dividida y enfrentada. Un espejo distante, en suma, de imágenes más o menos invertidas o heteróclitas, pero identificables al fin y al cabo. Así lo recogió el poeta Jack Lindsay al escribir en una de sus composiciones que España «espejo es hoy de nuestro mundo», añadiendo reveladoramente: «Porque la guerra en España es la lucha por el futuro de la humanidad». También Rex E. Warner utilizó esa fórmula potente y evocadora en las siguientes estrofas de su poema titulado «Un turista contempla España»:

In Spain the veil is torn.
 In Spain is Europe. England also is in Spain.
 There the sea recedes and there
 the mirror is no longer blurred.
 (En España el velo se ha rasgado.
 /España es Europa./También Inglaterra
 es España./ Allí el mar retrocede y
 nuestro espejo ya no está empañado).⁹

En el caso británico, esta interpretación de la guerra española como un espejo distante y exagerado de una Europa dividida quedó enmarcada e integrada en unas percepciones de España y de los españoles muy arraigadas en los ámbitos populares y oficiales de Gran Bretaña. En efecto, la lectura y comprensión del conflicto español entre la población y los gobernantes británicos se hizo bajo el prisma de los estereotipos y conceptos generalizantes acuñados históricamente sobre España y el carácter nacional de los españoles.¹⁰ En particular, trataremos de demostrar que por aquellos años de la década de los treinta estaban en



operación y funcionamiento dos matrices básicas de estereotipos históricos. En esencia, se trató del estereotipo derivado de la Leyenda Negra sobre España, y también del estereotipo surgido del Mito Romántico sobre España. Las enraizadas imágenes emanadas de esos dos fenómenos histórico-culturales, parcialmente similares pero con notorias diferencias internas, constituyeron el filtro y el prisma sustancial a cuyo través se percibió y se comprendió la guerra civil española en el Reino Unido. No en vano, los estereotipos así acuñados funcionaron como verdaderos «marcos cognitivos» de interpretación, con sus imágenes fijas simplificadoras ya disponibles y capaces de activarse de inmediato para procesar la información social con mayor facilidad y celeridad, como verdaderos «atajos mentales» que reducen el esfuerzo cognitivo.¹¹

El primero de los estereotipos mencionados, de naturaleza claramente negativa, tenía su origen en el conjunto de ideas hostiles sobre España y los españoles cristalizado en la llamada «Leyenda Negra», generada durante el período de agudo antagonismo y rivalidad hispano-inglesa, tanto religiosa como imperial, de los siglos XVI y XVII: Felipe II frente a Elizabeth I; ortodoxia católica contrarreformista frente a reforma protestante anglicana; colonización de América en el centro y sur del continente y colonización en el norte del hemisferio; lucha

EXPEDIENTE



tácita o expresa por la supremacía naval en el Atlántico, etc.¹² A finales del siglo XVI, tras la victoria sobre la Armada Invencible (presentada como demostración cierta de que Dios estaba con Inglaterra), un folleto muy divulgado definía a España como «la nación más salvaje, impía, inhumana y bárbara que comprende el circuito de la tierra toda». Y todavía en 1654, tras el triunfo de la revolución puritana sobre el rey Carlos I, Oliver Cromwell, virtual dictador de Inglaterra como Lord Protector, declaraba solemnemente en el Parlamento: «En verdad, nuestro verdadero enemigo es el español. Es él. Es una enemistad natural. Lo es hasta la médula, por razón de esa enemistad que hay en él contra todo lo que es de Dios».¹³

A tenor de esa leyenda, España se presentaba como una potencia expansionista y opresora, el temible brazo armado de la Contrarreforma católica y servilmente aliada al Papado de Roma, la encarnación del Anti-Cristo para los fieles protestantes. Por su parte, el supuesto carácter nacional de los españoles concentraba y sintetizaba todos los vicios y defectos imaginables en el ser humano. El español era, por naturaleza, violentamente cruel, fanáticamente intolerante y vanidosamente fanfarrón. *Cruelty*, *Bigotry* y *Vanity* (crueldad, fanatismo y vanidad)

eran los tres atributos más reiterados y utilizados a la hora de definir a los españoles de la época y de todo tiempo y lugar. En palabras del autor del folleto *El carácter de España, o un epítome de sus virtudes y vicios* (Londres, 1660), los españoles eran «las mismísimas arpías de la tierra», «orgullo, altanería y ambición (...) son los ingredientes que por lo general entran en la composición de un español» y, «en cuanto a su crueldad, es tan inhumana que una relación de ella haría vacilar la fe de un cristiano».¹⁴ Y puesto que la leyenda negra «deforma y exagera más que inventa»,¹⁵ tales atributos tomaban como referencia los tres tipos humanos españoles más visibles, reconocibles y temidos en la época de la Armada Invencible y con posterioridad: el conquistador de Indias cruel y tiránico, el inquisidor fanático y torturador de protestantes, y el noble o hidalgo de arrogante altanería e insoportable suficiencia (un aristócrata cuyo supuesto nombre habitual, Diego, pudiera estar en el origen del insultante vocablo *dagoe*, forma vulgar para referirse a los españoles despectivamente en inglés).

La segunda matriz de estereotipos históricos sobre España y los españoles presente en Gran Bretaña era de naturaleza mucho más positiva y ponderativa, derivándose del

Mito Romántico cristalizado desde principios del siglo XIX, al compás de la lucha conjunta hispano-británica contra la temible Francia de Napoleón. No en vano, el surgimiento de la resistencia popular española en mayo de 1808, en un momento muy difícil para la suerte de las armas británicas, dio origen a la alianza política y militar de España y el Reino Unido contra el imperio napoleónico, en un giro radical y súbito de las relaciones tradicionales entre ambos países. La manifestación más clara de esa nueva alianza fue el envío de un ejército británico, al mando de sir Arthur Wellesley, duque de Wellington, para asistir a las guerrillas españolas en sus combates contra las tropas invasoras francesas.¹⁶ En ese contexto se produjo la venida a España de lord Byron, quizá uno de los primeros en identificar a España como tierra de promisión del romanticismo occidental cuando llegó a Andalucía en el verano de 1809 y escribió arrebatadamente: «¡Oh! ¡España adorada! ¡Tierra romántica y renombrada!».¹⁷ Y sólo fue el primero de una selecta y abultada lista de viajeros románticos decimonónicos que repetirían el motivo y la fórmula literaria, como haría el escritor y futuro primer ministro conservador, Benjamin Disraeli, en carta a su hermana durante su viaje por Andalucía en el verano de 1830:

Mi querida Sara:
Éste es el país para un novelista. (...) ¡Oh! ¡Maravillosa España! Imagínate a esta tierra romántica salpicada de ruinas moriscas y repleta de Murillos (...) Me atrevo a decir que estoy mejor. Es cosa del sol.¹⁸

Bajo el nuevo paradigma, en un plazo temporal brevísimo, los vicios y defectos atribuidos a los españoles se volvieron virtudes y perfecciones. Así, por ejemplo, la violenta crueldad hispana se convirtió casi de la noche a la mañana en una valentía indómita y un arrojo temerario y heroico. Por su parte, el execrable fanatismo religioso devino en una noble pasión irreductible e indomable. Finalmente, la soberbia altanera se trastocó en un orgullo

patriótico excelso y en un encomiable individualismo. Tales serían los nuevos tópicos asociados a la percepción de la España romántica, fiel y valiosa aliada contra el enemigo común francés. Los tipos humanos que encarnaban esa nueva imagen serían ahora los valientes y apasionados guerrilleros anónimos, los orgullosos y sacrificados defensores de Zaragoza o Gerona, los cientos de don Quijotes amantes de su libertad y de su individualidad sobre cualquier otra cualidad.¹⁹ Y precisamente sería un viajero inglés, el capitán Charles Rochfort Scott, destinado en Gibraltar, quien por primera vez aplicó el calificativo de «diferente» a España en su relato sobre sus estancias ocasionales en Andalucía entre 1822 y 1833: «En este país todo es diferente de lo que se tropieza en otros; todo es proverbialmente impreciso».²⁰

Las imágenes contrastadas derivadas de ambas matrices histórico-culturales de estereotipos, a pesar de sus evidentes contradicciones internas, se convirtieron en el filtro y prisma esencial a cuyo través pudo percibirse e interpretarse la nueva guerra civil española en Gran Bretaña.²¹ No en vano, habían estado en vigor y operativas durante muchos siglos previos, con diferentes grados de elementos negativos o positivos en la composición final, según la fuente del autor o sus propias filias y fobias. En definitiva, buena o mala, España era literalmente *another country* (otro país) para el público y los gobernantes británicos de la época contemporánea. Y cabría apuntar que la descripción de los españoles hecha en 1847 por el político y economista Richard Cobden era bien representativa de la opinión general y común del ciudadano británico todavía en los años treinta del siglo XX:

Son una gente peculiar no totalmente comprensible para nosotros. Tienen una característica que toda su historia podría enseñarnos. A saber: su inveterada repugnancia a toda influencia extranjera y su invencible resistencia al control exterior. Ningún otro país en Europa, además, está tan aislado en sus prejuicios de raza y casta.

EXPEDIENTE

Ha sido así desde siempre, desde tiempos de los romanos, de los sarracenos, de Luis XIV o de Napoleón. (...) Son un pueblo orgulloso, (...) e imaginan que España es el país más importante del mundo y así olvidan su propia ignorancia, pobreza y degradación política.²²

El estallido de la guerra civil en España en julio de 1936, como es natural y lógico, reactivó los ecos de ambas imágenes estereotipadas con plena fuerza y potencia, al compás de los relatos y noticias sobre la violencia, la crueldad, el heroísmo y la tragedia que llegaban del país en forma torrencial de artículos periodísticos, testimonios de repatriados, audiciones radiofónicas, cartelística propagandística y fotografías y noticiarios elaborados por los nuevos oficios de reporteros gráficos y cinematográficos. Un breve y rápido repaso a algunas citas significativas podría servir a modo de prueba impresionista de este juicio. Por ejemplo, muy pocos días después del comienzo de la contienda el 17 de julio de 1936, un diario vespertino muy popular en Londres, *The Evening Standard* (con una tirada diaria superior al medio millón de copias), publicaba un artículo sobre el particular que combinaba elementos de la Leyenda Negra y del Mito Romántico para explicar lo que constituía un «peculiar» asunto español:

Es un error suponer que la contrarrevolución española es una revolución fascista. No lo es. Es una revolución militar. Es el tipo de revolución que ha tenido lugar en España y en América del Sur una y otra vez. Es sólo un golpe de Estado militar. Puede que triunfe. En todo caso, no es probable que sea aplastado rápidamente. (...) Puede que haya un período prolongado de guerra civil acompañada de más crueldad de la que ha caracterizado a otras guerras civiles españolas del pasado.²³

Sería erróneo suponer que este tipo de visiones y lecturas era tan sólo un ejemplo más del lenguaje simplista propio de unos medios de comunicación de masas que se nutrían irreflexivamente de los tópicos maniqueos y lugares comunes legados por el pasado histó-

rico. Entre otras cosas porque también era el tipo de visión y lectura articulada en el ámbito más confidencial y cultivado de los círculos políticos y gubernamentales. Por ejemplo, en noviembre de 1938, cuando las tropas del general Franco se aprestaban a lanzar su ofensiva final contra la República en Cataluña (que habría de conducir a la victoria incondicional franquista pocos meses más tarde), el mayor Edmond Mahony, agregado militar británico en España, remitía al Ministerio de Guerra y a su gobierno un informe reservado sobre la situación estratégica que contenía el siguiente párrafo literal:

El español no es un hombre que se guíe por la razón y tampoco valora la sabiduría si ésta aconseja algo que va en contra de lo que le dictan sus instintos. Siendo como es por completo un esclavo de sus pasiones, en las circunstancias presentes podemos esperar que prolongue su resistencia hasta el límite máximo de la capacidad humana. (...) La guerra civil forma parte de la tradición nacional; al igual que la corrida de toros proporciona un dividendo gratificante en forma de excitación emocional. Por eso, la perspectiva de una prolongación indefinida de la guerra civil probablemente causa menos consternación entre la tropa y en España en general que la que suscita en el extranjero.²⁴

No se trata de una cita estrambótica y atípica, impropia del lenguaje oficial de los medios gubernativos británicos, como podría argüirse con facilidad para desestimar su relevancia y significación. De hecho, cabría apuntar otros dos casos ejemplares en los que es posible discernir este mismo tipo de lectura tendente a interpretar la guerra como una especie de recurrencia de una «vieja costumbre española» (*old Spanish custom*), tan ajena al carácter y a la cultura política británica. A título ilustrativo, a mediados de noviembre de 1936, el cónsul general británico en Barcelona, Norman King, remitió al *Foreign Office* un largo informe sobre «atrocidades en España» en el que concluía: «los españoles son, en su inmensa mayoría, todavía una raza de salvajes sedientos de sangre

y con una delgada veta (de cultura) en tiempos de paz». Y no era la primera vez que se expresaba en esos términos: «los españoles son una raza sedienta de sangre cuando se quitan de encima la delgada capa de civilización» (octubre 1936).²⁵ Apenas unas semanas más tarde de la recepción de esos despachos en el *Foreign Office*, el secretario del Gabinete británico se vio en la obligación de anotar en las actas oficiales la siguiente declaración pronunciada en una reunión del Consejo de ministros:

Se expresó la sugerencia de que la situación en España era probable que permaneciera inestable durante bastante tiempo. (...) Las condiciones en ese país eran más análogas a las de América del Sur o América Central que a las de Europa.²⁶

Los ejemplos podrían prodigarse, pero bastará otras dos citas de cierta envidia para demostrar la extensión de ese marco interpretativo subyacente y generalizado. A mediados del año 1937, el periodista Randolph Churchill, único hijo varón del entonces influyente diputado conservador y futuro primer ministro, sir Winston Churchill, declaró en privado después de una breve visita a la retaguardia de la España franquista como corresponsal bélico: «Salvo para unos pocos católicos excitados



y para otros pocos ardientes socialistas que piensan que esta guerra es importante, para el público general (en Gran Bretaña) se trata sólo de un montón de sanguinarios *dagoes* que se están matando unos a otros».²⁷ Casi al mismo tiempo, ya en Londres después de haber visitado brevemente los frentes españoles, la perspicaz periodista norteamericana Virginia Cowles refrendaba con palabras casi idénticas ese juicio sobre «la actitud general hacia España» en el Reino Unido: «Sólo un puñado de malditos españoles rebanándose el cuello unos a otros».²⁸

La conclusión razonable que cabe extraer de este recorrido impresionista no se presta a demasiadas dudas: la guerra civil iniciada en el verano de 1936 reactivó las percepciones tradicionales sobre España existentes en Gran Bretaña y pareció refrendar el «peculiar» carácter nacional de los españoles (fuera ese carácter ya positivo, de acuerdo con el Mito Romántico, ya negativo, a tenor de la Leyenda Negra). En ambos casos, como concluía el artículo editorial del londinense *Evening Standard* en la tarde del 30 de julio de 1936: «España sigue sus propias leyes y los paralelos con otros países, a pesar de su interés, son equívocos». En otras palabras: España era «diferente», «otro país», una «tierra de romances y aventuras plena de asociaciones históricas, poéticas y legendarias», como ya había escrito casi un siglo atrás el escritor Richard Ford en su influyente y famoso *Handbook for Travellers in Spain (Manual para viajeros por España)*, publicado en 1845.²⁹ Un autor, por cierto, que había sido crucial en la difusión de esa visión romántica y orientalizante del país y de sus habitantes con símiles tan potentes y sorprendentes como el siguiente:

La mula representa en España el mismo papel que el camello en Oriente y tiene en su moral (junto con su acomodamiento al país) algo de común con el carácter de sus dueños: es voluntariosa y terca como ellos, tiene la misma resignación por la carga y sufre con el mismo estoicismo el trabajo, la fatiga y las privaciones.³⁰

EXPEDIENTE

Esta percepción de la crisis española como un «asunto peculiar» de un país extraño y «diferente» no es el único factor importante que cabe subrayar a la hora de considerar las imágenes sobre España en el Reino Unido durante la coyuntura de la Guerra Civil. A nuestro juicio, además de ese fenómeno general, cabría remarcar que se produjo un reajuste crucial de imágenes y percepciones a medida que la guerra se prolongaba y el proceso de internacionalización de la misma exigía una respuesta activa al gobierno británico y un replanteamiento de la opinión pública del país ante la nueva situación militar y diplomática. Dicho reajuste de imágenes y percepciones estuvo a tono con las respectivas preferencias o simpatías a favor de la causa del gobierno republicano o en pro del esfuerzo bélico del ejército insurgente. Dicho en otras palabras más breves y quizá más certeras: los rasgos negativos de la Leyenda Negra y los rasgos positivos del Mito Romántico fueron aplicados a uno u otro de los bandos contendientes españoles según las afinidades selectivas del espectador y observador. La previa existencia de esas dobles matrices de estereotipos contradictorios evidentemente facilitó esa división maniquea de atributos entre ambos bandos del conflicto. Una división tajante en blanco y negro que era, dicho sea de paso, muy similar y reminiscente de la tradicional división dentro de España entre un país «legal» y un país «real», entre una España «nueva» y una España «vieja».³¹

La primera indicación de esa división de atributos aplicada a los dos bandos contendientes en España se percibió en el primer debate parlamentario sobre la Guerra Civil que tuvo lugar en la Cámara de los Comunes el último día del mes de julio de 1936. Hablando como portavoz del Partido Laborista en la oposición, Philip Noel-Baker expresó su opinión de que el gobierno republicano español, bajo la dirección del «Presidente Azaña, un liberal y gran estadista», estaba luchando «por la causa de la

democracia parlamentaria» frente a «rebeldes militaristas». En consecuencia, Noel-Baker expuso las líneas básicas de la política laborista hacia el conflicto español que habrían de mantenerse hasta el final de la contienda:

Pedimos (al gobierno británico), sobre todo, que utilice su influencia para evitar que otras potencias intervengan en apoyo a los dictadores militares. (...) Pedimos que conceda al gobierno español todas las facultades que otorga la práctica del Derecho Internacional.³²

La dura réplica desde los escaños del Partido Conservador en el gobierno provino del diputado Mr. Wise, que rechazó tajantemente «las cualidades democráticas, liberales y angelicales de uno de los gobiernos más salvajes que se visto nunca en Europa, a excepción del ruso». Sin embargo, en vez de abogar por el apoyo a los enemigos de dicho gobierno, Mr. Wise, con característico pragmatismo, defendió la línea política que ya estaba practicando el gobierno británico mucho antes de que hubiera cristalizado el Acuerdo de No Intervención entre las potencias europeas:

Me permito sugerir que lo mejor que podemos hacer nosotros es preservar esa neutralidad que cualquier gobierno responsable desearía mantener en circunstancias similares.³³

La identificación de la España republicana con las imágenes positivas asociadas al Mito Romántico fue un proceso que ya estaba en pleno vigor operativo a finales del año 1936, una vez que la Guerra Civil se había transformado en un conflicto de larga duración como resultado del éxito de la resistencia republicana en Madrid ante los asaltos de las tropas franquistas. Todo parece indicar que esa identificación fue articulada sobre dos pilares básicos que actuaron convergentemente, aunque con plena autonomía respectiva. Por un lado, las organizaciones políticas que defendieron la causa de la República en Gran Bretaña durante todo el curso de la guerra: esencialmente el Movimiento Laborista (Partido y Confedera-

ción Sindical: *Trades Union Congress*, T.U.C.), el Partido Comunista, el Partido Liberal y algún pequeño grupo de diputados conservadores antinazis, como sería el caso de la duquesa de Atholl.³⁴ Por otro lado, los círculos artísticos e intelectuales de orientación genéricamente antifascista, que llegarían a considerar la defensa y supervivencia de la propia República Española como «la última gran causa» por su nobleza.³⁵

Un claro ejemplo del apoyo político a la República en función de su posicionamiento «progresista» frente al peso muerto del pasado puede encontrarse en la primera declaración pública sobre la guerra española que emitió en 1936 el Consejo Nacional del Labormismo (*National Council of Labour*, organismo de coordinación del Partido y el T.U.C.). Bajo el título «La verdad sobre España», el documento rezaba:

El conflicto en España no es producto de una revolución comunista. No es una lucha entre un bando «religioso» y un bando «antirreligioso» del pueblo español. Los trabajadores españoles están luchando contra los monárquicos, los fascistas y los clérigos corruptos, que están intentando derribar por la fuerza de las armas al gobierno constitucional de la República española elegido democráticamente. Los rebeldes han obtenido municiones y otros suministros bélicos de la Alemania nazi y de la Italia fascista. (...) Apenas el nuevo gobierno había sido elegido, los militaristas y los fascistas, negándose a aceptar el veredicto democrático de las urnas populares, empezaron a conjurarse para el levantamiento armado. Estaban decididos a evitar que el gobierno fomentara la justicia, el orden y la mejoría de las condiciones de un país donde la reacción militar, la injusticia social y la miseria económica siempre habían prevalecido.³⁶

Una defensa todavía más clara de la causa republicana en atención a su antagonismo con la España de la Leyenda Negra puede encontrarse en el discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes en octubre de 1937 por el diputado John McGovern. En su calidad

de miembro del *Independent Labour Party* (un pequeño partido socialista desgajado del labormismo) y siendo él mismo católico, McGovern se ocupó de manera especial de desmontar la acusación de que la República era hostil a la religión cristiana y al catolicismo:

Desde hace tiempo algunas personas han estado afirmando que esta guerra era una lucha entre la religión y el comunismo, pero olvidan que hasta hace pocos años el pueblo en España sufría bajo la Inquisición. (...) Esa gente que dice que hay terror y crueldad en España debería recordar que España ha estado alejándose gradualmente de la tortura, el terror y la crueldad del pasado.³⁷

Por lo que hace al ámbito artístico e intelectual, quizá el mejor ejemplo de este tipo de apoyo público a la República fue el ofrecido por el joven poeta Stephen Spender a mediados del año 1937. En su respuesta a una encuesta destinada a recoger las opiniones de los escritores británicos sobre la Guerra Civil, Spender contrapuso acerbamente los tópicos negativos de la Leyenda Negra y los tópicos ponderativos del Mito Romántico:

Me opongo a Franco, ante todo, porque Franco y sus aliados representan la tentativa de la aristocracia y la clerecía para impedir que la historia de España deje atrás la época de la Edad Media. (...) Y apoyo en España a un movimiento de nacionalismo liberal y liberador como el que los liberales ingleses apoyaron en muchos países que seguían gimiendo bajo el feudalismo en el siglo XIX.³⁸

Los resultados de esta encuesta, con todas sus limitaciones de selección y orientación, fueron particularmente interesantes porque mostraron con claridad que la amplia mayoría de intelectuales y artistas británicos estaban a favor de la República: 127 de quienes respondieron al cuestionario fueron clasificados «A favor del Gobierno» (entre ellos, Spender, Aldous Huxley, Samuel Beckett y W. H. Auden), 16 quedaron consignados como «¿Neutrales?» (Ezra Pound, T. S. Elliot y, sorprendentemente, H. G. Wells) y sólo 5 pudieron adscribirse

EXPEDIENTE

a la categoría de «Contra el Gobierno» (entre ellos, Edmund Blunden y Evelyn Waugh). Esta distribución de simpatías y antipatías estaba en casi estricto correlato con las preferencias políticas del público británico consultado a esos efectos. Por ejemplo, en octubre de 1938, una de las primeras encuestas realizadas por el recién creado *British Public Opinion Institute* reveló que el 58 por ciento de los consultados estaban a favor de la República, un mero 8 por ciento se inclinaba hacia el bando del general Franco y un 34 por ciento del total prefería no elegir o se abstenía de expresar su opinión. La encuesta, además, no dejaba lugar a dudas sobre el perfil sociológico y demográfico de ese reparto tan desigual de las preferencias públicas:

La población más joven y los sectores de menor capacidad económica son más decididamente favorables al gobierno que la población de mayor edad y de mejores condiciones económicas.

También demostraba que esa amplia preferencia por la República se distribuía de manera general por todo el espectro político y electoral británico: «incluso entre los partidarios del gobierno nacional (británico), el sentimiento en favor del gobierno español era alto, con el 76 por ciento de las simpatías».³⁹

De hecho, cabría afirmar que el apoyo público a la causa del general Franco en Gran Bretaña fue pequeña en número, pero bastante clamorosa e influyente en calidad. Básicamente se organizó en torno a dos pilares diferentes: un pilar político (constituido por sectores conservadores de profunda aversión anticomunista y acceso abierto a los círculos oficiales y gubernativos) y un pilar religioso (agrupado en torno a la comunidad católica y a ciertos sectores de las Iglesias protestantes). Para ambos, en una curiosa y llamativa inversión de los tópicos, la España de Franco se convirtió en la encarnación del Mito Romántico en su lucha a vida o muerte contra la Leyenda Negra personificada en la España republicana.

El tipo canónico de cruda reacción conservadora ante la crisis española podría verse reflejado en la primera noticia sobre el asunto publicado ya el 20 de julio de 1936 en el diario londinense *The Morning Post* («periódico de extrema derecha y que, como es sabido, no falta en la mesa de desayuno de ningún aristócrata inglés que se respete», según el embajador republicano en Londres):

El asalto, repentino y en apariencia muy bien organizado, se lanzó durante el fin de semana contra el Gobierno marxista de España. El levantamiento, que es definitivamente anticomunista en su carácter, ha sido preparado por el Ejército y, a pesar de las negativas oficiales y de la estricta censura, parece haber logrado un alto grado de éxito. (...) El movimiento no es monárquico sino anti-comunista, y es el resultado de la completa falta de capacidad administrativa y del fracaso en el mantenimiento del orden público por parte del Gobierno actual.⁴⁰

Apenas una semana más tarde, otro diario conservador muy influyente de la capital británica, *The Daily Mail* (con una tirada superior al millón de ejemplares), reflejaba igualmente esa concepción de ambos bandos y sus respectivos valores:

Más allá de la frontera francesa hay un país envuelto en pasiones asesinas, un territorio en llamas donde los más horribles excesos de la Revolución Soviética están siendo repetidos e incluso superados. España es un espejo en el que el mundo debiera mirarse para observar los horrores a que puede llegar un pueblo imprudente por culpa de las maquinaciones de Moscú.⁴¹

Quizá la más clara identificación de cada bando contendiente en España con las imágenes respectivas de la Leyenda Negra y el Mito Romántico fue ofrecida por Anthony Crossly, diputado conservador en la Cámara de los Comunes y secretario parlamentario del Ministerio de Transportes. Crossly, que viajó por la España franquista durante el mes de diciembre de 1936, regresó a Gran Bretaña y declaró en público:

Creo que es pedante y equivocado dudar de la buena fe de un pueblo que está luchando por su religión contra el ateísmo, por el derecho a la propiedad contra el empobrecimiento forzado, por una dictadura militar contra una dictadura comunista, por su patria contra el internacionalismo. Y si no están luchando por estos objetivos, al menos así lo creen con toda convicción. Y después de mi visita a España, yo también soy de su opinión.⁴²

En una línea similar, el capitán Victor Cazalet, otro prominente diputado conservador, recurrió a razones de orden histórico para defender la justicia de la causa franquista y el interés británico en su victoria total. Dirigiéndose a una magna asamblea de partidarios de Franco en Londres en marzo de 1938, Cazalet trató de contrarrestar la falta de simpatía popular hacia el Caudillo español apelando a la historia:

Se han dicho muchas cosas sobre el general Franco y la causa por la que está combatiendo. Quizás esto no sea sorprendente en una guerra civil. Pero es sorprendente que tanta gente en Inglaterra, que debiera saber más, haya sido tan fácilmente engañada y manipulada en este asunto. (...) Unas palabras sobre la dominación extranjera. Esta idea denota una completa ignorancia de la historia española y del carácter español. El general Franco es un verdadero español en este punto y nunca enajenará una pulgada de tierra española. (...) Es la antítesis de la concepción ordinaria de un dictador: cortés, tranquilo, apacible, con principios y una inquebrantable fe en la causa que preside. Durante años ha sido adorado por sus soldados por el cuidado y devoción que ha mostrado por sus intereses. Tipifica lo que es más noble en el carácter y la historia española y representa verdaderamente aquellas ideas de libertad y justicia por las que tanto él como su ejército se batan. Es un hombre, si se me permite decirlo, que merece dirigir a un gran pueblo hacia mejores y más felices tiempos. Cuanto más aprendemos y sabemos del general Franco, de su causa y de la situación que impera en su zona, tanto más nos convencemos de que una victoria del general Franco no sólo irá en beneficio de

los intereses de España sino también en pro de los intereses de la paz y la prosperidad de toda Europa.⁴³

Por lo que respecta a la percepción católica de la guerra española, un ejemplo paradigmático podría ser la carta remitida por el arzobispo de Southwark (distrito al sur de Londres), Peter Amigo, al diario *The Times* el día 5 de septiembre de 1936. En ella afirmaba lo siguiente:

Para mucha gente de este país es difícil entender la situación actual en España. Desde la proclamación de la República ha habido un movimiento contra la religión que no hubiera tenido que existir. (...) Las elecciones de febrero de 1936 trajeron un cambio aún mayor. Accedió al poder un gobierno débil, las iglesias fueron incendiadas y hubo asesinatos sin que nadie o muy pocos fueran castigados. Los comunistas y los anarquistas se convirtieron en los dueños de la calle y el gobierno se reveló impotente. El pasado Julio, después de la horrible muerte de Calvo Sotelo, atribuida a oficiales, el Ejército dirigido por el general Franco, Mola y otros generales patriotas, se levantó para impedir lo que consideraban la total destrucción de su Patria. Puede haber exageraciones ahora, como las hubo en nuestro caso durante la Gran Guerra (de 1914-1918), pero, sin duda ninguna, han sido incendiadas muchas iglesias en Madrid, Barcelona, Málaga y otras partes; han sido cruelmente asesinados obispos, sacerdotes y religiosas; los marineros al servicio de un Gobierno débil han asesinado a sus oficiales. Aquellos a quienes aquí se llaman «rebeldes» e «insurgentes» están luchando por Dios y su Patria. Será terrible si los «rojos» obtienen la victoria. Su triunfo en España conllevaría problemas en otros países y quizá una conflagración mundial.⁴⁴

El profesor Edgar Allison Peers, un respetado académico de la Universidad de Liverpool que también era católico, asumió con entusiasmo la labor de propagandista de la causa franquista y trató denodadamente de modificar las ideas populares negativas sobre el carácter de la España insurgente. En el prefacio y con-

EXPEDIENTE

clusión de su libro *Our Debt to Spain (Nuestra deuda con España)*, publicado en 1938, escribía textualmente:

Si se toma la expresión en su sentido más lato, la guerra civil que está asolando España es en gran medida una «guerra de religión». Los nacionalistas (franquistas) están luchando, no por el retorno de España a la época de la Leyenda Negra, sino por un régimen que tienen la convicción de que combinará todo lo que es mejor de las tradiciones de la vieja España con ideas genuinamente progresivas (en cuanto que opuestas a las anárquicas y revolucionarias); están luchando, en suma, por una nueva España que sea merecedora de la vieja España. Sus enemigos, por otro lado, desean cortar por completo con la tradición y, en aquellas partes donde todavía retienen el poder, ya no existen las costumbres tradicionales respecto a la religión, el matrimonio y la moralidad (para citar sólo estos tres ejemplos). (...) En el caso de una victoria nacionalista, sabemos muy bien lo que podemos esperar. (...) Si los comunistas toman el poder, la historia reciente de Rusia nos da la respuesta de lo que cabe esperar.

Entonces, ¿qué es lo que podemos ver en esta lucha? ¿Sólo el derramamiento de sangre, la derrota y la conquista y los sórdidos y repulsivos detalles de una guerra? Mucho más que eso. (...) Una

cruzada de un pueblo cristiano contra la tentativa de someterlo a una autoridad atea que quiere robarle los tesoros que más aprecia y forzarle a adorar deidades ante las que nunca se postrará. Una cruzada, sin duda, que como las cruzadas medievales tiene sus limitaciones, imperfecciones y excesos. Pero una cruzada a pesar de todo, inspirada en el mismo idealismo, coraje y fe como la que cabe encontrar en los viejos misioneros y descubridores españoles, tanto en sus aventuras materiales como en las espirituales.⁴⁵

El amplio apoyo de los círculos católicos británicos a la causa de Franco fue muy importante por dos razones básicas. Por un lado, supuso la constitución de un contrapeso compacto y coherente que amortiguó el impacto del movimiento de solidaridad popular con la República, reforzando así la política oficial de No Intervención y sus efectos prácticos profranquistas. Como el duque de Alba escribiría al finalizar la contienda: «Gracias a la prensa católica se ha podido mantener en Inglaterra una corriente de simpatía hacia el general Franco, que tan útil ha sido al Gobierno (británico) para tomar la decisión del reconocimiento *de iure*».⁴⁶ Por otro lado, ese apoyo indeclinable del catolicismo británico al bando franquista



sirvió igualmente para refrenar dentro del laborismo las pulsiones favorables a adoptar una política más resolutivamente prorrepública, en virtud del temor a enajenarse las simpatías de una amplia sección de la clase obrera de fidelidad católica y tradicional alineamiento laborista. En octubre de 1937 un concejal laborista católico de Londres dejó bien claro los límites de ese apoyo:

La única cuestión a considerar en relación con la guerra española no es si Franco defiende el Fascismo, y el laborismo defiende el Comunismo, sino quién salvará a la religión del peligro de extinción. Y lo único que sabemos con certeza es que bajo Franco el catolicismo podrá sobrevivir.⁴⁷

En cualquier caso, parece evidente que el contraste de imágenes sobre España proyectadas por la izquierda y la derecha en Gran Bretaña durante la coyuntura de la Guerra Civil fue incapaz de modificar una idea básica firmemente arraigada en los círculos cultos y en los medios populares: aquel conflicto fratricida sangriento era el resultado último de un peculiar desarrollo histórico y del correlativo carácter nacional de los españoles, tan distintos y ajenos al británico, si es que no en abierta oposición a él. El marco conceptual que fundamentaba esta concepción de la virtualmente perenne *Spanish peculiarity* podría retrotraerse a la época de los despachos bélicos remitidos por el duque de Wellington durante la llamada «Guerra Peninsular» (1808-1814), a los textos de Richard Ford en su *Handbook for Travellers in Spain* (1845), o a las declaraciones de Richard Cobden ya mencionadas al comienzo de este mismo artículo.

El resultado final de todo ello sería una especie de aceptación general del juicio que había avanzado el vespertino *Evening Standard* al estallar las hostilidades en el mes de julio de 1936: «España sigue sus propias leyes y los paralelos con otros países, a pesar de su interés, son equívocos». Era exactamente el mismo

argumento que utilizaría sir Winston Churchill en su respuesta a las demandas de apoyo a la República formuladas por el diputado laborista Noel-Baker, clave de la imposibilidad de un frente común en el tema entre el laborismo y aquellos diputados conservadores dispuestos a enfrentarse al nazismo en Europa: «se trata de una pelea española que ha estado gestándose desde hace ya bastante tiempo». ⁴⁸ Y era también la idea que abrigaba uno de los más influyentes líderes católicos británicos y destacado diplomático en España: «Entendía (la Guerra Civil) como algo endémico a España, el resultado inexorable de una enfermedad social que era radicalmente española». ⁴⁹

Parece evidente que sin la debida atención a esas generalizadas concepciones sobre España y los españoles resulta imposible comprender el firme apoyo cosechado en Gran Bretaña por la política de No Intervención durante la Guerra Civil. No fue el único factor presente en ese proceso y quizá ni siquiera fuera el más importante de todos los existentes y operantes (por ejemplo: el vivo temor a verse involucrados en una nueva «guerra total» apenas veinte años después de terminada la primera; la inercia pacifista derivada del recuerdo de las penalidades de la Gran Guerra; el escepticismo ante la propaganda de atrocidades tras la experiencia de 1914-1918; la honda prevención hacia formas dictatoriales tanto fascistas como comunistas, etc.). Pero su existencia e influencia no puede ser puesta en duda de modo razonable. El gobierno conservador en el poder así lo percibió y consiguió preservar dicha política no intervencionista como único medio para armonizar su respeto formal a la legitimidad del gobierno republicano y su íntima preferencia por la victoria de Franco. La oposición laborista reconoció con sumo pesar esa misma circunstancia e intentó hallar la difícil vía para mantenerse en línea con los deseos más profundos de la opinión pública y, al mismo tiempo, mostrar su solidaridad con la causa republicana bajo formatos humanitarios.

EXPEDIENTE

Fuera cual fuera el grado de apasionada simpatía o antipatía por uno u otro de los bandos españoles contendientes (y no hay duda sobre el nivel de apasionamiento generado por la guerra en amplios sectores), en general la opinión pública en Gran Bretaña nunca se mostró dispuesta a intervenir oficial y directamente en aquel «peculiar» conflicto extranjero con armas, municiones, hombres y la consecuente cuota de sangre británica derramada. Con ciertas matizaciones, son plenamente acertadas las palabras recientes de Hugo García: «los habitantes de la isla contemplaron el conflicto español con una considerable distancia».⁵⁰ España no se convirtió en un *casus belli* para el Reino Unido. Otra cosa sería plantearse qué habría pasado si el conflicto español hubiera estado activo todavía a la altura de septiembre de 1939, cuando la era de espléndido aislamiento respecto de las convulsiones continentales estaba a punto de terminar abruptamente. Después de todo, Danzig era un asunto mucho menos emotivo como *casus belli* para la opinión pública británica. Pero ésa es ya otra historia muy diferente.

NOTAS

- ¹ Despacho del 3 de mayo de 1938. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), serie «Renovado», legajo R.833, expediente 18. En adelante: AMAE R.833/18. Cfr. Enrique Moradiellos, «Una guerra civil de tinta: la propaganda republicana y nacionalista en Gran Bretaña durante el conflicto español», *Sistema* (Madrid), n° 164, 2001, pp. 69-97 (cita en p. 72).
- ² Kenneth W. Watkins, *Britain Divided. The Effects of the Spanish Civil War on British Political Opinion*, Londres, Thomas Nelson and Sons Ltd., 1963, p. viii.
- ³ Tom Buchanan, *Britain and the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 1.
- ⁴ Hugo García, *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la guerra civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, p. 12.
- ⁵ Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996.
- ⁶ E. Moradiellos, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001, cap. 1.
- ⁷ Despacho para el *Foreign Office* de Geoffrey Thompson, primer secretario de la Embajada británica en España,

11 January 1938. The National Archives (Kew, Surrey), Foreign Office Records, Confidential Prints, legajo 415, expediente W524. En adelante: FO 425/415 W524. Excepto mención expresa, todos los archivos británicos que se citen se hallan custodiados en The National Archives. Todas las traducciones del inglés presentes en este artículo son propias del autor a menos que se indique lo contrario.

- ⁸ «Europe and Spain», *The Times*, 8 de septiembre de 1936. El diario tenía en 1936 una circulación media de 200.000 ejemplares diarios. Lord Camrose, *London Newspapers: Their Owners and Controllers*, Londres, The Daily Telegraph and Morning Post, 1939.
- ⁹ Recogido en la obra *Poesía anglo-norteamericana de la guerra civil española. Antología bilingüe* (edición de Román Álvarez Rodríguez y Ramón López Ortega), Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996, pp. 310-311. Las citas de Lindsay en pp. 123 y 139.
- ¹⁰ Asumiremos al respecto la definición clásica de José Antonio Maravall en «Sobre el mito de los caracteres nacionales», *Revista de Occidente*, n° 3, 1963, pp. 257-276 (cita en p. 265): «Los estereotipos funcionan como generalizaciones lógicas, toman la forma de generalizaciones que se hubieran alcanzado por vía inductiva —y por eso, en apoyo de sus afirmaciones, se citan anécdotas, frases, gestos, esto es, algunos datos a los que se pretende convertir en base empírica suficiente para la inducción que en cada caso se ofrece o se enuncia». La etimología griega del neologismo «estereotipo» (acuñado a finales del siglo XVI tras la generalización de la imprenta mecánica para denominar a los «moldes» de las letras) es reveladora de su significado original (indicar la reproducción de imágenes impresas por medio de formas fijas). Cfr. Bruno M. Mazzara, *Estereotipos y prejuicios*, Madrid, Acento, 1999, p. 13.
- ¹¹ Robert A. Baron y Donn Byrne, *Psicología social*, Madrid, Prentice Hall Iberia, 2004, pp. 244 y 270.
- ¹² William S. Maltby, *La Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Henry Kamen, «La visión de España en la Inglaterra isabelina», en H. Kamen and J. Pérez, *La imagen internacional de la España de Felipe II*, Valladolid, Universidad, 1980, pp. 35-63. Susana Onega, «Prosa inglesa anti-española en la segunda mitad del siglo XVI», in S. Onega (ed.), *Estudios literarios ingleses. Renacimiento y Barroco*, Madrid, Cátedra, 1986, pp. 45-75.
- ¹³ El título del texto impreso del discurso de 1654 ya es bien expresivo: *Declaración de su Alteza, por indicación de su Consejo, explicando en nombre de esta República la justicia de su causa contra España*. Reproducido en W. S. Maltby, *op. cit.*, pp. 149-151. El folleto previamente citado, *The Anti-Spaniard*, editado en Londres en 1590, se reproduce en W. S. Maltby, *La Leyenda Negra en Inglaterra*, pp. 108-109.
- ¹⁴ Reproducido en W. S. Maltby, *La Leyenda Negra en Inglaterra*, pp. 164-165.

- ¹⁵ Palabras de Carlos Gómez-Centurión Jiménez, «Bajo el signo de Sagitario. La visión europea del poder español (siglos XVI-XVII)», *Cuadernos de Historia Moderna* (Madrid), n.º 16, 1995, pp. 201-237 (cita en p. 203). También W. S. Maltby recordaba que la Leyenda Negra «es una leyenda, no un mito» y «como leyenda surgió de hechos reales», *op. cit.*, p. 18.
- ¹⁶ Véase, en particular, el catálogo de la exposición titulada *La alianza de dos monarquías. Wellington en España*, Madrid, Museo Municipal de Madrid, 1988.
- ¹⁷ Su breve visita no duró más de un mes. Esteban Pujals, *Espronceda y lord Byron*, Madrid, CSIC, 1972, p. 18. Del mismo autor véase «Perfil de un gran romántico: lord Byron», en su obra *Drama, pensamiento y poesía en la literatura inglesa*, Madrid, Rialp, 1965, cap. 10.
- ¹⁸ Reproducido en D. Mitchell, *Travellers in Spain*, p. 58.
- ¹⁹ Ian Robertson, *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1988. Ana Clara Guerrero, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1990. Francisco Calvo Serraller, *La imagen romántica de España. Arte y arquitectura del siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1995. David Mitchell, *Travellers in Spain. An Illustrated Anthology*, Málaga, Santana Books, 2004.
- ²⁰ Su libro, titulado *Excursions in the Mountains of Ronda and Granada*, fue publicado en 1838. Ian Robertson, *Los curiosos impertinentes*, cap. 17.
- ²¹ Sobre el particular, véase además: Enric Ucelay da Cal, «Ideas preconcebidas y estereotipos en la guerra civil española: el dorso de la solidaridad», *Historia Social* (Valencia), n.º 6, 1990, pp. 23-43. John K. Walton, «British Perceptions of Spain and their Impact on Attitudes to the Spanish Civil War», *Twentieth Century British History* (Oxford), vol. 5, n.º 3, 1994, pp. 283-299. Michael Alpert, *Dons and Dagoes. The English View of Spain*, Londres, University of Westminster, 1998. Tom Burns Maraño, *Hispanomanía*, Barcelona, Plaza y Janés, 2000, cap. 6. E. Moradiellos, «El espejo distante. España en el hispanismo británico contemporáneo», en *La persistencia del pasado. Escritos sobre la historia*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2004, cap. 4.
- ²² Richard Cobden, «The Spanish Marriages», carta fechada en septiembre de 1847. Reproducido en James Joll (editor), *Britain and Europe. Pitt to Churchill, 1793-1940*, Oxford, Oxford University Press, 1967, pp. 106-108.
- ²³ «Civil War in Spain», *The Evening Standard*, 22 July 1936. La cifra de circulación del diario en Lord Camrose, *London Newspapers: Their Owners and Controllers*, Londres, *The Daily Telegraph and Morning Post*, 1939.
- ²⁴ *Report on the Military Situation in Spain*, 7 de noviembre de 1938. FO 425/415 W14897/29/41. El autor estaba casado con una nieta del almirante Cervera, comandante en jefe de la flota franquista durante la contienda. Sir Robert Hodgson, *Spain Resurgent*, Londres, Hutchinson, 1953, p. 80.
- ²⁵ La primera cita en Tom Buchanan, «A Far Away Country of Which We Know Nothing? Perceptions of Spain and its Civil War in Britain, 1936-1939», en su libro *The Impact of the Spanish Civil War on Britain. War, Loss and Memory*, Brighton, Sussex Academic Press, 2007, pp. 1-22 (cita en p. 5). La segunda en Maria Thomas, «The Front Line of Albion's Perfidy. Inputs into the making of British policy towards Spain: The racism and snobbery of Norman King», *International Journal of Iberian Studies*, vol. 20, n.º 2, 2007, pp. 105-127 (cita en p. 122).
- ²⁶ Acta de la sesión del consejo de ministros, 16 de diciembre de 1936. P.R.O., Cabinet Records (Archivo del Gabinete), Cabinet Minutes and Conclusions (Actas de sesiones: referencia archivística 23), volumen 86. En adelante: CAB 23/86.
- ²⁷ Tom Buchanan, «A Far Away Country of Which We Know Nothing?», p. 20.
- ²⁸ Virginia Cowles, *Looking for Trouble*, Londres, Hamish Hamilton, 1941, p. 63. Sobre esta distinguida periodista véase el retrato de Paul Preston, *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Barcelona, Debate, 2007, pp. 59-60.
- ²⁹ Reproducido en D. Mitchell, *Travellers in Spain. An Illustrated Anthology*, p. 90. Richard Ford, *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, Madrid, Turner, 1982. Traducción de Jesús Pardo.
- ³⁰ Reproducido en T. Burns Maraño, *Hispanomanía*, p. 130. La metáfora de «la mula española» no cayó en saco roto y tendría larga vida y circulación. Todavía en enero de 1942, ante la equívoca actitud del régimen de Franco en la guerra mundial, el embajador británico en Madrid, sir Samuel Hoare, recomendaba a sus superiores en Londres el mantenimiento de una política de «apaciguamiento económico» antes que de «contención estratégica» con este argumento: «La mula española, si es amenazada, replica dando coces». E. Moradiellos, *Franco frente a Churchill. España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Península, 2005, p. 255.
- ³¹ Debemos recordar al respecto que esa imagen dicotómica intercambiable según el observador estaba presente entre los propios españoles desde el último cuarto del siglo XIX. Cfr. Vicente Cacho Viu, «La imagen de las dos Españas», *Revista de Occidente* (Madrid), n.º 60, 1986, pp. 49-77.
- ³² *Parliamentary Debates. House of Commons*, 31 de julio de 1936, cols. 1891-1892. También se reproduce en *The Times*, 1 de agosto de 1936.
- ³³ *Parliamentary Debates. House of Commons*, 31 de julio de 1936, cols. 1917-1918. La causa y significado real de esa política de «imparcialidad» había sido revelada por David Margesson, jefe del Grupo Parlamentario Conservador (*Conservative Chief Whip*), al representante diplomático de Italia en Londres el día 29 de julio de 1936: «nuestro interés, nuestro deseo, es que la revolución (de los militares) triunfe y el comunismo sea aplastado, pero por otra parte no queremos salir de nuestra neutralidad. (...) El gobierno quiere escabullirse con declaraciones genéricas de neutralidad. Ésta es la única manera que tenemos de contrarrestar la agitación

EXPEDIENTE

- laborista». Reproducida en E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, p. 60.
- ³⁴ Véase al respecto: Tom Buchanan, *The Spanish Civil War and the British Labour Movement*. Cambridge, Cambridge University Press, 1991. Jim Fyrth, *The Signal Was Spain. The Aid Spain Movement in Britain, 1936-1939*, Londres, Lawrence and Wishart, 1986.
- ³⁵ Stanley Weintraub, *The Last Great Cause: the Intellectuals and the Spanish Civil War*, Nueva York, Weybright and Talley, 1968. Marc Hanrez (ed.), *Los escritores y la guerra de España*, Barcelona, Monte Ávila, 1977. Peter Montearth, *Writing the Good Fight. Political Commitment in the International Literature on the Spanish Civil War*, Wesport (Conn.), Greenwood Press, 1994.
- ³⁶ *The Truth about Spain*, London, The National Council of Labour, 1936. Panfleto consultado en el archivo y biblioteca del T.U.C. Library of the Trades Union Congress (Congress House, Londres).
- ³⁷ Reproducido por T. Buchanan, «A Far Away Country», pp. 7-8.
- ³⁸ *Authors Take Sides on the Spanish Civil War*, London, W. H. Allen, 1937. Se reproduce en Valentine Cunningham (editor), *Spanish Front. Writers on the Spanish Civil War*, Oxford, Oxford University Press, 1986, p. 56. Cfr. H. García, *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la guerra civil*, pp. 177-183.
- ³⁹ Resultados publicados en el diario londinense *The News Chronicle*, 28 de octubre de 1938. Cfr. E. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, p. 244. Cfr. Kingsley Martin, «Spain and British Public Opinion», *The Political Quarterly* (Londres), vol. 7, n° 4, 1936, pp. 573-587; y Charles Fenby, «British Public Opinion on Spain», *The Political Quarterly* (Londres), vol. 8, n° 2, 1937, pp. 248-258.
- ⁴⁰ «Military Rising in Spain», *The Morning Post* (Londres), 20 de julio de 1936. En 1936 dicho diario tenía una circulación promedia de cien mil ejemplares. Cfr. Lord Camrose, *Ibidem*.
- ⁴¹ «Leading editorial», *The Daily Mail*, 28 de julio de 1936. Cfr. Lord Camrose, *Ibidem*.
- ⁴² Published in the Catholic weekly newspaper *The Tablet*, 9 de enero de 1937. Reproducido en T. Buchanan, «A Far Away Country», p. 20.
- ⁴³ Discurso pronunciado por el capitán Cazalet en el mitin congregado en el Great Queen's Hall de Londres, el 23 de marzo de 1938. Publicado en el panfleto titulado *The Case for Nationalist Spain*, Londres, The Friends of National Spain, 1938, pp. 15-16. La circulación estimada de este influyente panfleto pro-franquista alcanzó la cifra de 60.000 copias a finales del año 1938. Cfr. E. Moradiellos, «Una guerra civil de tinta», p. 95.
- ⁴⁴ «Violence in Spain. A Roman Catholic Bishop's View», *The Times*, 5 September 1936. Sobre el particular véase James O. Flint, «Must God go Fascist? English Catholic Opinion and the Spanish War», *Church History* (New Haven), vol. 56, n° 3, 1987, pp. 364-374.
- ⁴⁵ E. Allison Peers, *Our Debt to Spain*, Londres, Burns Oates and Washbourne, 1938, pp. ix-x, 136. Los contactos de Peers con los servicios de propaganda franquistas son

- descritos por el duque de Alba en su carta al ministro de Asuntos Exteriores de fecha 20 de octubre de 1938. Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares), Serie de Asuntos Exteriores (Archivo de la Embajada de España en Londres), legajo 6.702. Peers fue autor de otras tres grandes publicaciones sobre el tema de la guerra: *The Spanish Tragedy*, Londres, Methuen, 1936; *Catalonia Infelix*, Londres, Methuen, 1937; y *The Church in Spain*, Londres, Burns, Oates and Washbourne, 1938.
- ⁴⁶ Carta al ministro de Asuntos Exteriores, AMAE R1057/7. Reproducida en E. Moradiellos, «Una guerra civil de tinta», p. 97.
- ⁴⁷ T. Buchanan, *The Labour Movement and the Spanish Civil War*, p. 175, nota 35.
- ⁴⁸ Carta de Churchill a Philip Noel Baker, 19 de octubre de 1936. Churchill Archives (Cambridge). Archives of Philip John Noel Baker. NBKR 4/656.
- ⁴⁹ Tom Burns, copropietario del semanario católico *The Tablet* y posterior agregado de prensa en la embajada en Madrid durante la guerra mundial. Citado en la obra de su hijo, T. Burns Marañón, *Hispanomanía*, p. 186.
- ⁵⁰ H. García, *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, p. 210.

